

CAPITULO XV

1837—1838.

Cansaríanse mis lectores, y yo con ellos, si pretendiéramos seguir paso á paso la historia de los espectáculos en la Capital en el año de 1837, que con pocas variantes tuvo las mismas compañías de Opera y de Verso que el precedente y aun el sucesivo.

Ni tampoco fué favorable el tiempo para diversiones: la plata había sido retirada de la circulación y sólo abundaba, signo de la pública pobreza, la moneda de cobre, causa de revueltas y motines gravísimos, semejantes á los de la moneda de *niquel* en nuestra época. Las intrigas políticas moviéronse como pocas veces para nulificar la Presidencia de Santa-Anna, que en 20 de Febrero entró en Veracruz de regreso de su cautiverio en los Estados Unidos, y para alzar Presidente á D. Anastasio Bustamante, que de ese puesto tomó posesión el 19 de Abril. A cambio de que en 1.º de Mayo aprobaron las Cámaras los tratados de paz y amistad con España, que por fin reconocía la Independencia de México á los quince años de consumada, Francia se preparaba á declararnos una cruel é injusta guerra. Pequeñas ambiciones hicieron que en el mismo Mayo encendiesen de nuevo la guerra civil los Grales. Moctezuma y Paredes, originando la muerte de aquél. Nuevo México se rebeló contra la madre patria, siguiendo el mal ejemplo de Texas; ocurrieron por doquier numerosos pronunciamientos; Bustamante llegó á temer que lo destronaran los mismos á quienes debía la Suprema Magistratura; las famosas *Siete Leyes* resultaron inaplicables é impopulares, y para que nada en punto á fatalidades faltase, el 22 de Noviembre espantó á México el terremoto formidable conocido por *temblor de Santa Cecilia*.

Mis citas de espectáculos serán, pues, reducidas: el primer día de Enero se dió en el Teatro Principal una función dedicada á celebrar el juramento de la Constitución centralista, cantándose por la Compañía de Opera Italiana un himno que comienza:

“¡Salve, Salve! Sagrado tesoro
conque Themis la patria enriquece,
y en que el cielo bondoso le ofrece
paz constante, ventura cabal....”

....“Ya del astro la frente radiosa
aparece en el Código Santo,
y las sombras retiran su manto,
y el Averno va el mal á ocultar....”

....“Sabios padres del pueblo escogidos,
vuestro afán nos sazona este fruto,
recibid el debido tributo
de alabanza, de amor, gratitud....”

La verdadera novedad *artística* de 1837, no fué, sin embargo, ni ese himno ni los nuevos triunfos de los Galli y los Santi, y de las Albini, Césari y Passi; lo fué la exhibición de que da cuenta el siguiente prospecto, que por curioso copio:

“Espectáculo extraordinario de las pulgas industriales y sabias. — Para el domingo 22 de Enero y días siguientes en la calle del Coliseo Viejo núm. 18.— Estas pulgas son las únicas que han obtenido generales aplausos en las principales capitales de Europa, y las que han causado la admiración de los espectadores: han conseguido en París en Noviembre del año pasado el premio más lisonjero, después de haber demostrado sus habilidades ante las Augustas Personas Reales de Francia, Inglaterra y Bélgica, y últimamente en las más grandes ciudades de los Estados Unidos de América, la Habana y el Canadá.

“Se representará una sala de baile donde se presentarán dos pulgas vestidas de señoras á bailar un wals: al mismo tiempo, otras diez pulgas formarán una orquesta, cada una con su instrumento de un tamaño proporcionado, cuya orquesta será dirigida por otra pulga, que representará á M. Gabenek, de París. Además, las pulgas industriales se baten á la espada, arrastran coches, cañones, cajas de guerra, un navío de guerra, un elefante llevando sobre su lomo el obelisco de Luxor, cuarenta millones de veces más grande que la pulga que lo lleva. Se verá al Duque de Wellington, al Gral. Jackson y al Rey de Argel montados sobre pulgas lujosamente enjaezadas, que aparecerán en seguida paseándose con toda uniformidad.

“La exposición de estas escenas estará franca todos los días por poco tiempo, desde las diez de la mañana á las diez de la noche: precios de entrada, cuatro reales por persona y dos para niños que no pasen de diez años.— Se verá en dicha exposición un autómatas de un mecanismo perfecto, representando al Emperador de los chinos, que ejecutará varios juegos de manos.”

En compensación de esas y otras bobadas, que eran, después de todo, lo único que producía dinero, pues la ópera y la comedia decayeron mucho, la literatura mexicana comenzó á animarse de un modo notable. En 1837 comenzó á publicarse *El Año Nuevo y Presente*

Amistoso, colección, muy digna de estima, de composiciones en prosa y verso, firmadas por J. M. Lacunza, J. Navarro, J. J. Pesado, J. Rodríguez Galván, J. R. Pacheco, M. Tossiat Ferrer, Guillermo Prieto, Manuel Payno, F. Ortega, José M. Tornel, M. Navarro y Antonio Larrañaga. Entonces empezó también *El Mosaico Mexicano*, semanario que, entre mil copias y traducciones, publicó artículos y poesías de mérito de nuestros literatos mexicanos, que no se desdibujaban entonces de adornar con sonetos y composiciones cortas, calzadas con sus firmas, los tarjetones del Templete de la Alameda en los aniversarios del 16 de Setiembre.

Y dió principio el tristísimo año de 1838 viéndose obligado el Gobierno á solicitar de la empobrecida nación fondos para proseguir la guerra con Texas y hacer frente á la que Francia se preparaba á traer. Los ministros entraban y salían sin conseguir hacer nada por su país, llamáranse Mora, Bravo, Cuevas, Gorostiza, Pesado, Tornel y tantos y tantos otros. El 4 de Marzo se publicó por bando nacional solemne la anudación de relaciones con España, y el 26 recibió el Gobierno el insolente *ultimátum* del Barón Deffaudis. Como si se esperase que quien tuvo la fortuna de consumir la Independencia en 1821 fuese en sus manes propicio á la justa causa de México contra Francia, el 22 de Agosto fueron exhumados los restos de D. Agustín de Iturbide, trasladados á la Capital el 25 de Setiembre y depositados el 24 de Octubre en la Catedral.

¡Vano empeño! Cuatro días después, el 28 de Octubre de 1837, el Almirante Baudin, se presentó con su formidable escuadra frente á Veracruz á sostener con todas las insolencias, con todos los abusos del fuerte contra el débil, las demandas del Gobierno Francés, en su mayoría notoriamente absurdas: con motivo de un tumulto fueron rotos unos cuantos vidrios en la tienda de un francés, y por ello reclamó de indemnización dos mil quinientos pesos; otro de los reclamantes era un pastelero, que, por la destrucción ó violento consumo de algunos pasteles por una partida de soldados hambrientos comprometidos en los disturbios civiles, presentó un cargo que llegaba nada menos que á la suma de *veinte mil pesos*; otro tercero, exigía *treinta mil* por habersele decomisado treinta barras de plata en el acto de ponerlas en Mazatlán á bordo de un buque, estando prohibida absolutamente su extracción por una ley, á no ser en el caso de especial permiso.

Esas demandas pueden servir como muestra de la mayor parte de las presentadas por los franceses, hasta la suma de seiscientos mil pesos, con más la exigencia de la degradación y castigo de varios altos funcionarios, generales, jueces, etc., y cien otras ventajas que ponían á los franceses en mejor condición que á los mismos mexicanos. Esa demanda de dinero era tanto más excesiva, cuanto que todo el

mundo sabía los escasos arbitrios de los aventureros y negociantes franceses que marchaban á países extranjeros con sus insignificantes *pacotillas*, cuyo valor llegaba apenas á algunos cientos ó miles de francos. En esa época el comercio de exportación de Francia para México, apenas alcanzaba á siete millones de francos; ¿cómo no había de ser absurda la reclamación de tres millones, por sólo el concepto de perjuicios?

Pero como sin injusticias no habría guerras, Francia insistió en la suya, y obrando con felonía en 27 de Noviembre atacó la fortaleza de Ulúa y se hizo dueña del castillo, y en 5 de Diciembre sorprendió al puerto y ciudad de Veracruz, y sus fuerzas de desembarco se retiraron á sus buques, llevando prisionero al Gral. Arista, y dejando mal herido á D. Antonio López de Santa-Anna, á quien un cañonazo causó la pérdida de la pierna izquierda, que fué necesario amputarle más abajo de la rodilla. Como no se supo aprovechar el patriotismo de los unos, y el Gobierno nacional se vió combatido aun en esos instantes supremos por revolucionarios poco dignos del nombre de mexicanos, nada mejor pudo hacerse que aceptar los buenos oficios del enviado inglés, Mr. Pakenham, para dar solución al conflicto, sometiéndose con pocos cambios á las exigencias de Francia.

En *El Recreo de las Familias*, semanario de literatura, editado por la casa de Galván en 1837 y 1838, y muerto á los pocos meses por falta de suscritores, encuéntrase noticias de nuestros teatros en esos años desgraciadísimos. Fuentes, Salgado, Palomera, la Dubreville, la Platero y los cada día más adelantados Soledad Cordero y Antonio Castro, compartían con fortuna escasa los aplausos y las entradas de reducido público. *Angelo, tirano de Padua*; *El hombre gordo*, de Bretón; *Marino Faliero, El tirano como cualquiera*, parodia de *Angelo*, y otras obras con las cuales se procuraba ó conmovier hasta el horror ó divertir hasta no tenerse de risa, formaron el repertorio de la temporada en el ramo de verso.

La Albini, la Césari, la Passi, y Galli, Santi, Mussati y el distinguido Juan Bautista Montresor, que vino en refuerzo de la Compañía de Opera, mantenían ésta con no menores dificultades que los artistas dramáticos la suya.

Ese cuadro lírico puso, entre otras obras, en escena *El Cruzado en Egipto*, ópera que á los redactores del *Recreo* pareció bellísima, inmejorables los trajes, buenas las decoraciones y magnífico el desempeño. Al repetirse la obra, hiciéronsele algunas supresiones en las escenas más largas, "pero el público se enojó con aquella *prudencia*, habla el citado periódico, y un magnífico concierto de palmadas, gritos, palos, chiflidos y patadas, regaló por algún tiempo los oídos de los filarmónicos. El coro era el que trabajaba en aquel lance fatal, y como el público observase que la ópera continuaba sin hacérsele caso,

comenzó á entonar la voz, y bien pronto se acompañó con el coro, y no se escuchaba ya más que un bramido espantoso y pausado como el que produciría un volcán poco antes de reventar.

“No gustándole al coro el acompañamiento, se retiró de la escena quedándose uno de sus respetables miembros para arengar al pueblo, á quien dirigió la empanada siguiente: “Una palabra.—Porque somos americanos se nos trata así: gracias.” Y dió la vuelta poniéndose el turbante, que á la sazón tenía en la mano. Al público no le gustó la arenga, y la chifló como era de esperarse, y algunos gritaron que llevaran al orador á la cárcel, y era, en verdad, la medida más prudente: el público fué insultado por un hombre sin mérito artístico que le recomendara, por un hombre que tal vez venía de la taberna y en ella se armó de atrevimiento y de insolencia; tampoco se trataba de mexicanos y extranjeros, sino de que se representara la ópera completa; por consiguiente, el orador se apeó por el rabo.”

Si esto acontecía en el primer teatro, en el Teatro Principal, figúrense los lectores qué ocurriría en el Provisional ó de los Gallos, entregado entonces á compañías de medio pelo. Vuelvo á copiar escritos de los redactores del *Recreo*. Trata de su asistencia á ese teatro. “Aquello parecía un teatro y era de forma circular; en el patio había mucha gente de todas calidades y condiciones; junto á una capa una frazada; junto de un frac una camisa; junto de un pantalón de paño un calzón de manta; junto de un *tápalo* de seda un *rebozo* de lana. En los palcos se veía lo mismo, y en lo que se puede llamar la *cazuela*, una pía de cabezas tan compactas como un empedrado. No viéndose más que las cabezas, imposible me era reconocer de pronto á qué sexo pertenecían; pero al cabo observé que era un revoltillo de hombres y mujeres.—¡Oh! exclamé para mis adentros, esto es lo que se llama vivir con libertad y sin ceremonia; aquí deberán ser las gentes muy sencillas, muy inocentes, muy puras: no ha llegado hasta estos lugares el aire corruptor de la malicia humana; la candidez debe reinar en los diversos corazones que pertenecen á esta multitud de cabezas que veo y otras que no distingo; si fuera lo contrario, ya la policía hubiera puesto remedio.

“Chilló un violín y empezó á bramar el teatro; cada espectador tenía un palo, ó cuando más dos: á mi lado estaba un hombre que gritaba, pateaba, y azotaba dos garrotes sobre la banca, como si tocara un tambor. Me levanté despavorido, no sin recibir al paso muchos pisotones y palos. Me creí libre al fin y fuera de peligro, cuando sonaron dos silbatos en mis oídos. Corrí á otro lado, me senté, y lanzó uno tras de mí tan estrepitosa carcajada que me hizo estremecer. Arroqué un suspiro, levanté el cuello de mi capa y sumí la cabeza como un armadillo. Me sentí algo mejor en aquella postura, pero mi capa padeció bastante, porque resultó escupida, empapada en

pulque por unas partes, y por otra taladrada con los cigarros encendidos que caían sobre ella.

“Levántase el telón y da principio el drama; es *Angelo, tirano de Padua*. . . . ¡Oh Víctor Hugo infeliz! Si hubieras visto, como yo, á tu hijo aporreado, estropeado, derrengado, asesinado, despedazado, cuál hubiera sido tu dolor, tu angustia, tu desesperación!

“Érase de ver allí un *Homodei* con una pierna no buena, vestido de turco y con cachucha: un *Angelo*, una *Tisbe*, una *Catalina*, que no hay más que pedir; un *Rodolfo*. . . . ¡ah! un *Rodolfo* que se disparaba más que sus compañeros, que agachaba la cabeza y embestia como un toro á *Tisbe*, hablándole así:—“¿Y me lo decís á mí? Vos mis—“ma acabáis de decírmelo, y aun creo que con *jatancia*.”

“Todos allí corregían al autor á su antojo, embrollando el diálogo, diciendo, en fin, lo que á las mientes se les venía, y aun creo que con *jatancia*. Con gritar, levantar las manos y los ojos al cielo, ó más bien á un mal tejado guarnecido de petates, ya se creían, sin duda, unos Prieto ó unos Máiquez. Durante la representación y principalmente cuando *Catalina* y *Rodolfo* se figuraban solos, salía un hombre á recoger ya una guitarra, ya una vela, etc. Aquello fué sólo para visto.

“Los espectadores, durante la representación, estuvieron apaleando los bancos y riendo incesantemente: el estruendo aumentó después de concluida la pieza: se levantó el telón y aparecieron, para ser aplaudidos, todos los actores, hasta Anafesto Galeoja, que apenas había hablado dos palabras en el drama. El telón volvió á caer y el estruendo no cesaba; chillidos, patadas, gritos, manotadas, palos, cuantos recursos puede inventar el hombre para dejar sordo á su semejante, otros tantos se pusieron en práctica. Volvió á levantarse el telón y volvió la celeberrima Compañía á presentarse: el bramido de la tempestad, el del mar, el de un volcán vomitando lavas, fueron nada en comparación de aquello. Entonces ví que los hombres aplauden silbando y ríen con el terrible *Angelo*: quizás llorarán con *El médico á palos*: quizás se calentarán á la sombra y se refrescarán al sol; reirán con un entierro y llorarán con un baile, se pondrán el sombrero en los pies y los zapatos en la cabeza.—La función concluyó con el anuncio de la próxima, con un majadero bailecillo y con la borrasca susodicha.”

Tales eran en aquel entonces los espectáculos que ofrecía y el estado que guardaba el teatro de los Gallos ó de la calle de las Moras, inaugurado, según dije á su tiempo, el 9 de Octubre de 1822, por el famoso Luciano Cortés. Lo muy provisional de las obras materiales ejecutadas en ese local, hizo que fuera necesario reconstruirle en Mayo de 1825, y así reformado, le estrenó el aplaudido cantante Andrés Castillo. Después, en 29 de Junio de 1827, el que fué antiguo palen-

que de Gallos, se vió honrado con la presencia del muy insigne tenor Manuel García, y más tarde su mala situación por su lejanía del centro, fué causa de que el público dejara de concurrir á su sala, buena únicamente para compañías como la que nos describe el cronista de *El Recreo*. Nuevamente y andando el tiempo, el Teatro de los Gallos se levantó de su miseria, y, según pronto diremos, albergó á la muy distinguida Castellán, y á Mariquita Cañete, y otra vez más descendió á verse ocupado por compañías pésimas y poco cultos espectáculos, y como ya dije también, vino á desaparecer en un incendio que se debió á la inflamada esponja de un globo. Ese incendio del Teatro de los Gallos, ocurrió poco antes del medio día del viernes 1.º de Noviembre de 1844, según se lee en el *Diario Oficial del Gobierno de México*, correspondiente al sábado 2 del mismo Noviembre de aquel año; en ese periódico se publicó el parte que el Gral. D. Joaquín Rangel elevó á la autoridad superior, dándole noticia de las disposiciones que tomó para impedir que el fuego se comunicase á las casas vecinas al teatro, ya que fué totalmente imposible evitar que el incendio redujese á pavezas aquel coliseo que permaneció consagrado á espectáculos teatrales casi veintidós años.

La Compañía de Opera y el maestro Lauro Rossi tuvieron un gran triunfo con la ópera nueva, con letra castellana y música del susodicho maestro, *La casa deshabitada*. "Muchos placeres hemos disfrutado con esa ópera, dice un cronista. Poseemos un hábil maestro que ha acertado con la cuerda de los mexicanos en lo serio como en lo bufo. Los que lloran con *Juana Shore* han reído de buena gana con *Doña Sinforosa*, y México se complace de ser el teatro de la gloria del maestro Rossi.

"El asunto ha sido muy bien escogido, pues se trata de un hombre que se vale de la credulidad de las gentes para que se abandone una casa que le interesa conservar inhabitada. La música, perfectamente acomodada al género, tiene una travesura, una ligereza, una gracia que encantan y se sostienen en todo el cuerpo de la obra. El primer cuarteto es magnífico, y aunque se dice que tiene semejanza con otras piezas que ya conocemos del maestro Rossi, es porque obedece á su modo y carácter propios. El público pidió que se presentase el Sr. Rossi sobre la escena para aplaudirle y darle las gracias.

"En la ejecución no hay que notar si no es la perfección con que á porfía ha sido desempeñada la obra, y lo que es más, la habilidad de hacerlo en un idioma que no es el propio de los artistas que trabajaron. Galli, el mejor bufo que se ha conocido, es el alma de esta clase de composiciones que morirán con él, como murieron otras con García, y como con Talma la tragedia francesa. La Sra. Albini caracteriza su papel á maravilla, así en su traje como en su parte teatral. El jilguero Mussati canta la primera aria con la flexibilidad,

gusto y seguridad de entonaciones que se pudieran pedir á un clarinete. La amable Passi estuvo magnífica: ¡qué expresión de fisonomía! ¡qué talle tan esbelto! ¡qué gallardía para llevar y manejar aquel traje! ¡qué gracia, qué coquetería, qué finura en todo! Era siempre *Amina*, aquella *Amina* que hizo llorar á México de emoción, y que no podrá ser reemplazada por nadie en ese papel."

Y es cuanto creo necesario decir, pues extenderme más equivaldría á estar repitiendo los títulos de óperas y de comedias ya varias veces citadas, y los de los artistas de uno y otro cuadro, que pronto iban á desmembrarse con la separación de la Dubreville y de Salgado, con la marcha de Galli para Europa y con la de la Albini para la Habana. La Passi vino al fin á ser esposa de Patiño, explicándose así sus preferencias por esa artista, causa de los disgustos de que á su tiempo di razón.

Verdad es que entonces esa clase de zambras eran de uso común y corriente: hablé ya de las del Teatro de los Gallos, y algo dije de las del Principal; pero ninguna de ellas fué última. En el *Recreo*, tantas veces citado, hallo la descripción de uno de esos motines ocurrido en el Antiguo Coliseo, por Diciembre de 1837, al representarse la parodia de *Angelo*, con el título de *Un tirano como cualquiera*.

"Apenas principiaba la comedia hubo en el patio su ruido, pero sordo: cayó el telón y cada uno calificó el primer acto como su gana se le dió. Al segundo ya hubo gestos, y se marcaron algunos resortes de conspiración contra la comedia. Principió el tercer acto, y al llegar á la escena en que el Tirano envenena á su esposa, se oyó un chillido, luego otro, luego golpes descompasados, y en fin, una voz terrible que dijo: ¡abajo el telón!

"Y como los chillidos, los golpes y los gritos continuaban, tuvieron los actores que callarse, y los mites que bajar el telón. Sin embargo, siguieron los gritos; unos decían: "que siga la comedia;" otros "no, no;" algunos pidieron un sainete, otros su dinero, hasta que levantado el telón y calmado el bullicio, dijo el *Tirano* con tono muy afable: "Señores, se ha preguntado al señor juez de Teatro, qué es lo que se debe hacer, y nos ha dicho *que de su orden se continúe la comedia*. ¿Qué hacemos?" Entonces redoblaron los gritos de: "abajo el telón," "no queremos esa comedia," "que nos echen un sainete" y no sé cuántas cosas más. Lo cierto es que cayó el telón para no volverse á levantar.

"Pero el bullicio continuó, aunque de cuando en cuando había intervalos de profundo silencio; luego, repentinamente, crugió el cielo, temblaba la tierra, silbaba el viento y resonaba con estrépito el rayo de la mofa. Concluyó esta escena, con un *múdese cada uno á su casa*, pues el director mandó que se apagasen las luces, y se fuesen los actores en compañía del público."

De un artículo descriptivo, también publicado en el *Recreo*, tomo los siguientes detalles del modo de ser del público y del Teatro en 1837 y 38.

“A la entrada del teatro se forman dos hileras de ociosos para ver pasar á las gentes, y hacer de ellas anatomía comparada y descriptiva. Si en el infierno se murmurara, debían nuestros ociosos ir á poner cátedra en él, y sin duda saldrían airosos. Junto á mí estaban dos *pisaverdes* charlando. . . . ¡Qué lenguas las tuyas, gran Dios! . . . podían apostarlas con la más afamada verdulera, y puedo asegurar sin temor de equivocarme, que eran los más moderados.

“Cuando me resolví á entrar, no poco trabajo me costó encontrar un asiento, pues aun cuando había muchos desocupados, tenía yo que andar errando á merced del acomodador que no me dejaba sentar en ninguno, á no ser en el *anfiteatro*, porque, según decía, todos los de la luneta eran de sujetos abonados. Resuelto en un principio á salirme, varié de resolución y decidí quedarme, y en consecuencia llamé con fuerte voz repetidas veces al acomodador, que estaba á la sazón con seis cojines sobre la cabeza, para alquilarlos al primero que los necesitara, y después de gran tiempo se fué acercando á mí con pasos lentos, y poniéndome cara de condenado ó de sepulturero, que es peor.

—“¿Será posible—le dije—que no haya un asiento para mí?”

—“Ya le he dicho á vd. que no—me respondió con voz y ceño de superior.

“Paciencia y barajar, me dije, y poniéndole en la mano una propina todo se me facilitó.

—“¿Por dónde quiere vd. su asiento?—me preguntó el acomodador con halagüeño semblante.

—“Lo más cerca posible.

—“El caso es que tengo dados unos y abonados otros pero no faltará. . . . y dicho y hecho, me dió uno de los mejores. Como los asientos no están numerados ni son fijos más que para los abonados, quien toma una luneta tiene que gratificar al acomodador, si quiere estar bien colocado.

“Estando en esta fatiga, oí un estruendo horrible y á continuación sentí algo que se desprendía sobre mí; el ruido lo producía el público, dando palos, palmadas, puntapiés, gritos y chillidos, y lo que cayó sobre mí eran anises de dulce, arvejones y confites que arrojaban de las localidades altas, por ser las carnestolendas de 1838; al mismo tiempo, y por igual motivo, se estrellaron sobre mí dos ó tres cascarones rellenos de harina y papelitos de colores, que mancharon todo mi traje; hube de consolarme con ver que á todos los demás concurrentes les pasaba lo mismo.

“De pronto se oyeron los golpes de los timbales y comenzó la

obertura, que apenas se oía por el interminable habladero de los concurrentes, el cual iba aumentando conforme llegaba más gente. Levantaron el telón y la representación dió principio, pero no fué posible enterarse de ella. El Teatro Principal es una gran tertulia adonde se va por tono y no por gozar del espectáculo, por consiguiente, la etiqueta exige entrar lo más tarde que se pueda y haciendo ruido para llamar la atención. Una parte de los asistentes comienza por indagar la vida y milagros de la parte pacífica; luego que levantan el telón se sigue con la de los cómicos, conforme van saliendo á las tablas, y concluyen por despedazarse á sí mismos.

“Algunos de los que no quitan créditos, se entretienen con sus negocios particulares, en hablar de política, en noticiar las ocurrencias del día, en valorizar los trajes de las señoras y de los cómicos, en apuntar sus anteojos, sirviéndoles de respaldo el infeliz que está á su lado, en quien se recargan para poder dirigir bien y con descanso su telescopio de dos cañones.

“Junto á mí estaba un francés elogiando á gritos la ópera, y palmoteando, y pateando y gesticulando sin cesar; otro individuo nos enflautó también en voz alta, el argumento de la ópera con todos sus pelos y señales, al mismo tiempo que un otro estaba delante de mí leyendo á voz en cuello un programa á su compañera. Todo, en fin, se oía, menos la música de la ópera.

“Inesperadamente un individuo de un palco, que para ver mejor estaba de pie sobre una silla y apoyado en los hombros del que tenía delante, perdió el equilibrio y salió disparado sobre la orquesta, rompiendo un bajo, tres violines y dos trompas. El público se alarmó creyendo se trataba de un pleito ó riña, que eran frequentísimos, ó de un pronunciamiento, que eran el pan de cada día. Algunos, ó por miedo ó por chiste, gritaron: ¡Fuego! ¡Fuego! y toda la gente se levantó, todos querían salir á la vez; los muchachos chillaban, las mujeres y todos estábamos pálidos como cadáveres.

“¡Qué estrépito! ¡qué movimiento! Unos saltaban á los palcos ó á las tablas para salvarse más pronto; otros, dejando los sombreros y las capas, se hacían lugar á codazos y puñadas; una señora clamaba por su hijo; otra por su marido; aquélla por su padre, y las puertas, pequeñas, muy pequeñas, apenas daban salida á una persona.

“Al salir á la calle, la escena era otra. El Gobierno, que siempre vivía alarmado, había tenido noticia del escándalo, y temeroso de que envolvese un fin político, había enviado cantidad de tropas; los soldados daban cañonazos á diestro y siniestro; los coches se atropellaban unos á otros, y por todas partes las gentes corrían gritando: ¡Revolución! ¡Revolución! haciendo cundir el miedo y el espanto hasta los barrios extremos de la ciudad. . . .”